de universalidad! Además, el Cristianismo ha abolido los sacrificios, pero no el Sacrificio; ha hecho desaparecer solamente el modo y la multiplicidad, mas para sustituirlos con un solo sacrificio á cuyo horror solo iguala su santidad; el de un ajusticiado en su patíbulo, de en hombre crucificado ¿ que digo? de Dios mismo inmolándose por mano del hombre; aberracion mucho mas grande, si solo se consulta el sentido natural, y que pareció en efecto locura y escandalo á aquel mundo antiguo que por lo menos solo practicaba los sacrificios en animales, rara vez en el hombre, y jamás en los dioses.

Queda, pues, enteramente en pie la cuestion de Chabron, acrecentada con el sacrificio contrario, sin que sea posible eludirla. Es, pues, preciso resolverla.

Una cláusula de Voltaire va á darnos, su primera clave. «De tantas religiones diferentes, dice, ninguna hay que no haya tenido por objeto principal la *Expiacion*. El hombre ha conocido siempre que necesitaba clemencia.» (1)

La Expiacion: hé aquí la primer palabra del sacrificio, cuya palabra final es: Substitucion.

Profundicemos alternativamente uno y otro de estos caracteres. Solo la palabra expiacion contiene tres verdades:

La primera es que todo el género humano reconoce haber faltado universalmente á Dios; culpa original, porque nada hay universal que no sea original. Y Voltaire ha consignado tambien el hecho que resulta de esta induccion: «La creencia de que el hombre está caido y desesperado, ha dicho, se encuentra en todos los pueblos antiguos. Aurea prima sata est ætas—es la divisa de todas las naciones.» (2)

La segunda es, que este ardor de expiacion supone un fundamento sólido é inveterado de esperanza; la esperanza,

original tambien, de una rehabilitacion. No se persigue tan tenazmente sino lo que se espera alcanzar.

La tercera, en fin, es que no siendo todas las religiones de la tierra mas que alteraciones de la Religion verdadera, debe reconocerse esta por el rasgo que ha continuado siendo comun á todas, á saber: la perfecta satisfaccion de este grande y único objeto de expiacion que buscan á porfía, y que solo se ha encontrado en Jesucristo en el Calvario.

Hé aquí la víctima de las víctimas, en la cual todo el género humano ha creido siempre en estas, y de que ellas solo eran figuras; figuras tomadas por realidades; pero realidades que demuestran su multiplicidad, testimonio de su impotencia.

De esta suerte, considerando la práctica universal del sacrificio solamente en globo, se encuentra envuelta en él la fe 'en Jesucristo.

Pero ¿qué será, pues, si despojando esta institucion, venimos á analízar sus caractéres?

Todos los sacrificios, por alterado que estuviese su espiritu, habian conservado invariablemente las siguientes condiciones, que son todavía menos naturales que la idea primera del sacrificio: que la víctima debia ser substituida, santa, sangrienta, manjar religioso de los participantes en su sacrificio. Añadamos este otro rasgo ó carácter: que la perfeccion del sacrificio, considerado en su realidad, consistia en que la víctima fuese humana, y en este caso, voluntaria, en cuanto fuera posible. Naciones enteras, los Asirios, los Cartagineses, los Galos inmolaban por lo regular víctimas humanas: los padres á sus hijos: en la mísma Roma se verificaban á veces horribles sacrificios en los prisioneros, y si ordinariamente la piedad apartaba el cuchillo del seno del hombre, era siempre para hundirlo en los animales que estaban mas á la mano, domésticos, nunca salvajes. (1)

(1) Los juegos sangrientos del circo, en que eran condenados á in-

<sup>(1)</sup> Ensayo sobre las costumbres, cap. CXX.

<sup>(2)</sup> Idem, cap. IV.

No necesitamos reproducir aquí el desarrollo justificativo de esta verdad, que ha entrado, por otra parte, en la nocion comun, y que jamás se ha tratado de negar.

Me limitaré à observar que estos caractéres son tan inesplicables naturalmente como son ciertos; que atestiguan de esta suerte una institucion sobrenatural en su origen y en su objeto, y que, figurativos ó repugnantes en todos los sacrificios antiguos, solo se adaptan perfectamente à Jesucristo, en quien deponian todo cuanto repugna à la razon y la naturaleza, para revestirse con todo lo que forma su encanto.

Y, en efecto, encontramos en Jesucristo una víctima humana;—santa;—voluntaria;—sangrienta;—manjar religioso del hombre, por medio de la manducacion de su carne; y finalmente, substituida á la humanidad culpable, á quien redime de la Justicia de Dios, y con quien la reconcilía.

Lo repito, todos estos caractéres del sacrificio de Jesucristo han sido siempre esenciales á todos los sacrificios, y han constituido siempre el sacrificio.

JESUCRISTO ha sido pues, universalmente prefigurado en todas las edades que han precedido á su venida por la práctica del género humano, la mas difundida y la menos natural á un tiempo mismo.

Digo, siempre la mas difundida y la menos natural, y reclamo la atencion sobre este punto; porque en esto consiste el nudo.

Compréndese en efecto, una de estas dos cosas: ó que la humanidad se halla acorde con la razon natural porque esta

molarse tantos millares de hombres entre sí, tenian en su origen un carácter de sacrificio; ya fuera para aplacar los manes de algun gran personaje que habia fallecido y en honor del cual se verificaban, ya para celebrar alguna victoria y satisfacer á los dioses. La intervencion de la Vestal, decidiendo de la suerte de las víctimas, atestiguaba este carácter religioso.

razon es comun á todos; ó que se divide hasta lo infinito en mil y mil desviaciones de la razon, porque, habiéndose separado de esta, nada viene ya á unirla con ella. Cuando pues todo el género humano ha dado en una misma práctica, y una práctica tan compleja en su uniformidad como la del sacrificio, es verdaderamente por alguna elevada razon. Si actualmente, no aparece esta razon como natural, no es porque no sea razon, sino porque no es natural. Y en tal caso, cuanto menos natural sea, careciendo de este elemento de concordancia y armonía, mas hará suponer en sí un principio y un poder diferente de la naturaleza, capaces de verificar el hecho prodigioso, pero indiscutible de esta armonía y concordancia.

Pues bien, no se puede dejar de convenir, y hasta se objeta, que el sacrificio con todos sus caractéres no es natural. Luego procede de otro orden, pero ciertamente de un orden superior y profundo.

¡Cósa estraña! el uso de los sacrificios que tanto escita la curiosidad, cuyo testimonio tenian tanto interés en disputarle los enemigos del Cristianismo, ha quedado sin esplicacion por su parte. La crítica, por audaz y aventurada que fuese, no ha encontrado ninguna. La ciencia cristiana ha permanecido en posesion esclusiva del problema y de su solucion.

Esta solucion es la siguiente: que este Mediador y este Salvador esperado por todas las naciones, conforme lo hemos comprobado ya por los testimonios esclusivamente profanos y las declaraciones de los mismos adversarios de nuestra fé, no debia ser Mediador y Salvador sino siendo Victima, en un sacrificio en que pagase por el género humano y produjera ese Océano de acciones meritorias que fuera el precio de nuestra redencion. La promesa de este Salvador unida á la maldicion en que se habia incurrido por la culpa original de nuestra raza, habiendo hecho impresion sobre su orígen, ha seguido todas sus derivaciones. Por todas partes el hombre, cualesquiera que

sean los errores en que ha caido, ha acarreado por decirlo asi, entre estos errores, el uso de los sacrificios, á un tiempo mismo, como primordial por su institucion figurativa, y como final por el único Sacrificio verdadero que debia justificarlo. Solo que el mismo estravío que alteraba todas las verdades, debia afectar tambien á esta. Olvidado é impaciente de su verdadera Redencion, el hombre ha atribuido á la figura una virtud que solo debia tener la realidad. Hásela sustituido. Así como se habia formado falsos dioses salvadores y libertadores, háse formado tambien falsas víctimas y falsos sacrificios; errores ambos que se sostenian tanto mas estrechamente cuanto que tenian un mismo objeto: debiendo ser el verdadero y único Salvador la verdadera y única víctima. De aquí, la multiplicidad de los unos y de los otros que hubiera debido abrir los ojos sobre su falsedad, puesto que debiera haber bastado uno solo, si hubiese sido verdadero. De aquí, cosa digna de notarse, lo mas odioso y mas falso que había en el número de los sacrificios antiguos considerados como figuras, la inmolacion de víctimas humanas, venia á ser lo que habia mas verdadero, como realidad final, en la única víctima humana que satisfaciera por la humanidad. Esto era la aplicacion anticipada y estraviada, á una multitud de víctimas, de la creencia que habia corrido en toda la antigüedad y que solo se referia á Jesucristo sobre quien solo debiera haber caido su rigor: Jamás se aplicará la ira de los dioses inmortales á menos que la mancha de nuestra raza culpable sea lavada con la sangre de un hombre (1). Esta creencia se completa en Jesucristo con esta otra que leemos en el Prometeo encadenado de Esquilo, personificacion mística de la humanidad castigada por haberse rebelado contra Dios. No esperes que termine tu suplicio, antes que un Dios se ofrezca para sustituirse en tus padecimientos, y quiera descender para tí á la mansion de la muerte.

(1) Faber. Hora Mosaia.

Hé aquí el fondo del uso de los sacrificios. Tal es la significación que en ellos se encontraba oculta sin saberlo la antigüedad profana que habia perdido su sentido, el cual, por su relación con Jesucristo, se destaca á nuestra vista con suma claridad. Tal es el sentir unánime de todos los que han intentado esplicarse este hecho, el mas notable de todos cuantos nos ofrece la historia moderna.

De esta suerte se ha profesado el Cristianismo por do quiera y siempre por la humanidad, precisamente en lo que tiene mas chocante á la razon privada, á la cual opone la razon comun del género humano.

Todo el Cristianismo gira efectivamente sobre estos dos grandes misterios: la *Caida* de toda la descendencia humana en su jefe Adan; la *Redencion* de la humanidad levantada de esta caida por su nuevo Adan, Jesucristo. El uno misterio de naturaleza, el otro misterio de gracia.

El primero de estos misterios tiene en favor suyo, como ha dicho Proudhon, el asentimiento del género humano; mas aun, la esperiencia sicológica y fisiológica que nos ofrece por do quiera, hasta cierto punto, el fenómeno de la herencia del mal particular en las familias y en las razas, de donde es fácil concebir, por estension analógica, la herencia del mal general en toda la raza.

El segundo de estos misterios, viniendo á equilibrar al primero, parece no prestarse á la misma observacion; lo cual se concibe porque es de *gracia*, superior á la naturaleza, como debe serlo para volver á levantarla. Sin embargo, en su órden sobrenatural, es susceptible de esperiencia, y de esperiencia hasta el mas alto punto decisiva para cuantos se lo aplican.

Pero digo mas. Independientemente de esta esplicacion y de este órden de fé en que se verifica, se justifica admirablemente este misterio de redencion de la humanidad por una víctima universal, por sobrenatural que sea. Justificase en primer lugar, como hemos visto por la práctica universal de los sacrificios, y en esto, por el testimonio unánime del género humano, lo cual supone virtualmente una causa que, por lo mismo que se halla oculta, debe ser mas fuerte, porque entonces es su sola fuerza, sin vislumbre de razon, la que ha conservado esta práctica prodigiosa. Esta causa es, segun hemos dicho de acuerdo con todos los intérpretes, el conocimiento antiguo y profundo de una depravacion original que debia ser reparada por el verdadero sacrificio prometido para redimir los pecados de todos los hombres.

Seguramente que deberia bastar á la razon este testimonio, porque no le obliga á creer en tal ó cual doctrina, sino en la humanidad *histórica* del género humano, en la misma naturaleza humana, que ha podido estraviarse en detalle, pero no en masa, y que será siempre el gran receptáculo de la razon comun contra todo raciocinio individual.

Pero en el dia no es esto bastante. No se cree ya ni aun en el género humano. Cada hombre quiere satisfacerse con su razon privada, no viendo que la razon privada mas satisfecha de sí misma, independientemente de la razon comun, seria la completa sinrazon, y que esto es precisamente lo que caracteriza la locura.

Sin embargo, en cuanto es posible con respecto á un misterio,—que no es solamente un misterio de naturaleza, cuyo hecho se acepta sin penetrar su ley,—sino un misterio sobrenatural de gracia que se doblega menos aun á esta exigencia, intentemos esplicar este, ya que no enteramente, á lo menos de manera que se demuestre, que si causa estrañeza á una razon vulgar, encanta á una razon superior, no solamente con lo que en él entrevé, sino con aquello en que supera á esta.

No necesitaremos para ello salirnos del órden puramente racional é histórico, estando reservado para otra parte d nuestro discurso el órden doctrinal y teológico. ESPLICACION HISTÓRICA DE LA INSTITUCION UNIVERSAL DEL SACRIFICIO,
DOGMA SOCIAL DE LA SUSTITUCION.

Charron, en su pasaje citado, en que espresa la admiración y casi la repulsión que le inspira el uso universal de los sacrificios (¡cosa estraña de la embriaguez del género humano!) no ha puesto, sin embargo, el dedo en la parte mas rara de esta costumbre.

Lo que en efecto, le admira, es meramente que le haya ocurrido al hombre que el mortificarse sea el principal servicio y el mas agradable á Dios, como tambien el medio mas eficaz de aplacarle y captarse su gracia. ¡Qué aberracion del entendimiento! dice.

Voltaire ha contestado ya á esto con una palabra: la Explación, objeto principal de tantas religiones diversas y unánimes en este punto; puesto que el hombre ha conocido siempre que necesitaba elemencia.—¿Por qué? Indudablemente, porque ha reconocido sin cesar su culpa en presencia de Dios.

La culpa y la expiacion son correlativas y se atestiguan recíprocamente. De manera que tenemos esta conformidad universal del género humano acerca de la necesidad de la expiacion, la confesion de una culpa original; y recíprocamente,